

COLOMBIA EN LA DÉCADA DE LOS AÑOS SETENTA DEL SIGLO XX

César Augusto Ayala Diago
Profesor Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia

Resumen:

Inspirado en las recomendaciones de Antonio Gramsci sobre la organización de la cultura, el artículo pretende establecer el nivel cultural de Colombia durante la década de 1970. Se centra en la aparición de revistas culturales, políticas y académicas y se demuestra cómo alrededor de ellas se configuraron una pluralidad de sociabilidades que hicieron interesante y democrática la vida cotidiana no obstante las amarras del Frente Nacional. El artículo enfatiza en la circulación no sólo de las ideas sino también de la música que por entonces se escuchaba. Muestra también la influencia del dinámico proceso histórico mundial en las mentalidades y actividades de los intelectuales colombianos de ese decenio. Se trata de un intento de reconstruir la estrecha relación que existía, por entonces, entre cultura, política e ideología.

Palabras claves: Colombia - Historia - 1970-, Cultura, Publicaciones seriadas.

Abstract:

Colombia in the Seventies of the Twentieth Century

Inspired by the ideas of Antonio Gramsci about the organization of culture, the article explores Colombia's cultural level in the 1970s. It centers around the publication of cultural, political, and scholarly journals, and demonstrates how around these journals a whole plurality of sociabilities was woven that made daily life interesting and democratic, despite the obstacles imposed by the National Front. The article focuses not just on the circulation of ideas but also of the popular music in the period. It also shows the influence of dynamic worldwide historical processes on the ideas and activities of Colombian intellectuals in that decade. In sum, the article is an attempt to reconstruct the narrow relationship that existed at the time between culture, politics, and ideology.

Key words: Colombia - History - 1970-, Culture, Serial Publications.

Entre flujos y reflujos

América Latina pasó a la década de los años setenta en medio de un embrujo ideológico y cultural. El continente ebullía de entusiasmo revolucionario. Al tiempo que existían enormes problemas sociales que esperaban soluciones, los promotores de los movimientos políticos ubicados entre el populismo y el comunismo llenaban el futuro de optimismo. No era para menos. El inicio de la década era la cresta de una onda revolucionaria cuyo origen más próximo había sido el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Si bien Brasil era la excepción al frustrarse la evolución populista en 1964, hacia los comienzos de la década de los años setenta el entusiasmo popular latinoamericano recibía el estímulo de los gobiernos de Salvador Allende en Chile, de Juan José Torres en Bolivia, de Juan Velasco Alvarado en el Perú, y el de Omar Torrijos en Panamá, entre otros.

Pero no se trataba de un *sarampión ideológico* continental. Desde los finales de la segunda guerra mundial el tercer mundo estaba movilizado. Habíase ensanchado el espacio del comunismo; hacia allá había evolucionado China; el colonialismo continuaba desplomándose y en los países poscoloniales gobiernos populistas radicalizados como el de Ghana y el de Egipto irradiaban influencia sobre latinoamérica.

La irrupción de la nueva década, como también la manera acelerada de su transcurrir daba la impresión de que el mundo corría como buscando su final. Hasta entonces la historia del siglo se desarrollaba en medio de flujos y reflujos tanto en la economía como en la democracia política. La primera parte del decenio permitía cábalas de un porvenir prometedor.

La *guerra fría* estaba en su apogeo y su mejor expresión se ponía en escena en los conflictos de Indochina, África y Oriente medio. La guerra del Vietnam llegaría a su final al partirse en dos la década convirtiéndose en un revés para los Estados Unidos, lo que además renovó el entusiasmo de quienes luchaban en el tercer mundo por una democracia libre de las presiones de los imperialismos.

Era sin embargo una fiesta de pobres. Aunque el entusiasmo y la esperanza de América latina eran desbordables, esos sentimientos tan sólo eran compartidos por los países tercermundistas. En el primer mundo, en cambio, sus intelectuales expresaban pesimismo. La obra de Erich Fromm es un fiel testimonio. En 1970 justamente publicó su trabajo *La Revolución de la esperanza*. Allí elabora una propuesta alternativa humanista de cambio de la sociedad industrial burocratizada de entonces, que, según afirmaba, había sumido al hombre común en una encrucijada de desesperanza. En este sentido se refería lo mismo a Estados Unidos que a la Unión Soviética.

La música y la cultura a pesar del drama de la realidad nacional

Colombia era una conjunción de los distintos tiempos que la gente vivía y que se expresaban en variopintos gustos musicales, políticos e ideológicos. Como si no fuera la década del setenta la que irrumpía, la conocida orquesta de la *Sonora matancera* seguía escuchándose por doquier alternando con las orquestas venezolanas de *Los Melódicos*, *La Billos Caracas Boys* o con la colombiana de Lucho Bermúdez. La salsa se abría espacio entre todos los géneros existentes. Los finales de año eran animados al ritmo de la música de Richie Ray y Bobby Cruz. Sólo en reducidas elites los grupos ingleses de los Rolling Stones y los Beatles cautivaban todavía. Aunque se escuchaban más que en la década pasada. De Frank Sinatra muy pocos sabían.

Si bien el bolero estaba establecido como el género musical de mayor aceptación, la juventud estaba ya en las redes que las nuevas emisoras habían tendido: la balada. Una generación de baladistas del sur del continente y que venía también de la década anterior, casi monopolizaba la farándula nacional: Palito Ortega, Leo Dan, Piero, Sandro, Leonardo Fabio y el brasileño Roberto Carlos alternaban con sus pares españoles Raphael y Julio Iglesias. Las emisoras se especializaban. En ellas se refugiaban las generaciones. Todavía las había que pasaban programaciones diarias de rancheras y tangos como también las que transmitían todo el tiempo música de antaño a donde se refugiaron las popularísimas canciones de Daniel Santos, Julio Jaramillo, Lucho Bowen, Olimpo Cárdenas, Oscar Agudelo y Tito Cortés, entre otros: lo mismo que la *música de carrilera*; los tríos clásicos de los *Hermanos Martínez Gil*, los *Panchos*, entre tantos. En medio de este berenjenal de géneros musicales los compositores colombianos sin las mismas condiciones que los extranjeros no se quedaban quietos. A la altura de 1974 *El Espectador*, seleccionaba cada domingo una canción de producción nacional y publicaba incluso sus partituras. La compositora caleña Graciela Arango de Tobón concentraba en una dinámica actividad artística las inspiraciones de los compositores de su generación.

Arrinconados por la competencia continuaron produciendo Jorge Villamil, José Barros, Jaime Llanos González y continuaron sus carreras de intérpretes Víctor Hugo Ayala, Alberto Osorio, Leonor González Mina. El vallenato, entretanto se afirmaba como un aire popular que cubría la casi totalidad de la geografía nacional. Sus compositores se convirtieron en paradigmáticas de la cultura nacional que justamente por su precaria evolución remontan su mejor época a la de los años setenta.

Al contrario de otros países del continente, en Colombia la música protesta se abría paso con dificultad. Sus representantes alcanzaron a tener algún éxito. Antonio del Vilar, según reportaba la prensa había compuesto más



y la actuación de
**ANTONIO
 DEL
 VILAR**
 baladista y compositor
 Colombiano

Reservaciones: Tels: 82 3066
 81 2060

HOTEL
Tequendama

er
 Lugar

ONTAIN

ET EJECUTIVO

Foto 1: Antonio del Vilar

de cuarenta canciones protesta, una de ellas dedicada al Che Guevara. En julio de 1972 en la localidad de Sogamoso se llevó a cabo el *Festival de la Canción Vanguardia Sol de Oro*. Los temas de las canciones que ocuparon los tres primeros hablan por sus títulos: *Ya no veo las flores y no veo la alegría*, de Gustavo Gil; *La niña alegre de la vida triste*, de José David Méndez y *Prohibido amar en pleno siglo XX*, de Víctor Manuel. El rock nacional también pedía pista. En las cercanías de Medellín se desarrolló un gran evento calificado por sus exponentes de *experiencia inolvidable*. Uno de sus organizadores expresó: “Es un fenómeno social contemporáneo que ha arraigado en el futuro del hombre del mañana, deseoso de soluciones concretas para exterminar los eternos grandes males que aquejan a la humanidad”¹. Se distinguía también la cantante Eliana a quien llamaban *la profetiza de la canción protesta en Colombia*. En la segunda mitad de 1974 una canción de letra de Nelson Osorio Marín y música de aquella sonaba bien por la radio: “Y en el año 86/al estadio nunca irás/pué la entrada valdrá más/de lo que valía Pelé/Y la vida subirá como un balón bien inflado/y en tu casa comerán/sopa de sede mundial/. Se unía al coro de gente que protestaba por la aceptación de Colombia para ser sede del campeonato mundial de fútbol en año de 1986.

¹ Véase *El Sol*, febrero de 1972

Serrat y Piero conquistaron el espacio que los cantores de protesta social en Colombia tanto los mencionados como Ana y Jaime, Pablus Gallinasus y Fausto hubieran llenado con gusto.

Marginalmente, también, algunas elites ciudadinas pudieron deleitarse con la Bossa Nova o las canciones de Chico Buarque, Caetano Veloso, Gilberto Gil que configuraron la *tropicalia* brasileña vedada en Colombia por el perverso manto de silencio que hasta hoy intuimos sin explicarnos del todo sus causas.

Era la balada que estaba en pleno auge. Los festivales de San Remo de los primeros años de la década marcaron la generación que vivía por esa época la flor de su juventud. Con *Mi corazón es un gitano* y *Los días del arco iris*, Nicola Di Bari consiguió el primer lugar en las versiones del festival de los años 1971 y 1972.

La diversificación del esparcimiento

A los distintos géneros musicales, viejos y nuevos, nacionales y extranjeros se sumaba la presencia del cine. El cine de la pantalla gigante estaba en todo su apogeo. La juventud era cinéfila por excelencia². A la celeridad del tiempo que iba con la época correspondía una cinematografía que la reflejaba con la misma intensidad con que corrían los setenta. Los espectadores de la nueva década que venían del deleite del cine mexicano y argentino habían pasado también por las grandes epopeyas de Hollywood sobre la historia greco-romana y las filmaciones sobre temas bíblicos; y por la época del *western* norteamericano. Un nuevo género irrumpía, una especie de cine social o de contenidos sociales trabajados más allá de la sensiblería mexicana o argentina. El desarrollo de la tecnología cinematográfica contribuía también al tratamiento sofisticado de las nuevas temáticas. Junto a películas de éxito como *El Exorcista*, o *El Golpe*, los espectadores de la época asistían con gusto al cine político de Costa Gravas.

Para los setenta el mundo del esparcimiento se encuentra bastante diversificado. Había espectáculos para todos los gustos. Al lado del fútbol, del boxeo, del ciclismo, de los toros, de las ferias y fiestas en los municipios lo mismo que las fiestas patronales, de los conciertos de baladistas suramericanos y de los legendarios cantantes mexicanos y del cine mismo mexicano, de los programas radiales y de la televisión iba surgiendo una cultura más sofisticada. A esto contribuía el espacio que había ganado en la cultura la sensibilidad democrática que estimulaba en el país el pensamiento de izquierda. En septiembre de 1974 el TPB, a sus seis años de labores, estrenaba *I Took Panamá* (la victoriosa frase del presidente estadounidense Teodoro Roosevelt,

² Un símbolo de esto lo constituye la vida del joven intelectual caleño Andrés Caicedo. Véase de él *Que viva la música*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.

pronunciada el tres de noviembre de 1903 cuando Panamá dejaba de ser un departamento colombiano). El libreto estaba escrito por Luis Alberto García y la dirección corrió a cargo de Jorge Alí Triana. La obra era expresión del sentido de compromiso social que también cobijaba al teatro que se hacía desde Bogotá. El TPB llegaba a sus seis años de labores en pro de la sensibilización de los colombianos hacia el teatro. Había recorrido pueblos grandes y pequeños presentando sus 164 representaciones para 94 mil espectadores en el año de 1973.

A raíz del movimiento estudiantil de comienzos de la década en que las autoridades universitarias oficiales y privadas desconocieron los grupos teatrales que operaban en las instituciones por considerar sus obras de carácter revolucionario, a mediados de 1974 nació en la capital El Teatro Libre de Bogotá (TLB). Se trataba de la fusión de tres grupos universitarios: El teatro Independiente Popular de la Universidad Nacional, el Teatro Libre formado por estudiantes de diversas universidades y el Teatro Estudio de la Universidad de los Andes. Con las obras: *La verdadera historia de Milciades García*, *La Madre* (Bertold Brecht), y *Encuentro en el Camino* el TLB inició su primera temporada en agosto de 1974.

El anuncio del fin del Frente Nacional

Por curioso que parezca, pero por razones lógicas, Colombia pasaba de la década del sesenta a la del setenta de la mano de un movimiento de características tradicionales, portador de una mezcla de lo pasado con lo presente, de lo moderno y premoderno; de lo político y lo prepolítico. Pero fue un vehículo excelente, capaz de cargar con toda la idiosincrasia colombiana, pues en ella se había sintetizado gran parte del universo mental del país que había sobrevivido a la séptima década del siglo XX.

Había distinguido al anterior decenio la presencia en el escenario político de un amplio número de agrupaciones políticas que competían entre sí por el favor popular y que combatían en tonos distintos el excluyente sistema del Frente Nacional. Sin embargo hacia 1969 habían sucumbido, estaban disminuidas o las había devorado el bipartidismo. La Anapo, en cambio, pudo resistir gracias a una pertinaz lucha de diez años que la convirtieron en el movimiento político de oposición más importante y de mayor recepción en el país. De por sí, la Anapo, había surgido como un movimiento síntesis de conservatismos y liberalismos populares. Finalizando la década conservaba ese carácter convirtiéndose además en un movimiento de confluencias y concordancias. Continuaban sumándose nuevos contingentes de gaitanistas descarriados algunos del emerrelismo disperso después de la disolución de ese movimiento en 1967. Llegaron también corrientes religiosas e izquierdistas impresionadas estas últimas por las masas que concurrían

sin cesar a las toldas del anapismo. El sistema del bipartidismo tradicional pasó a la década de 1970 con el temor real de perder el poder político. No se trataba como en 1946 del eventual peligro de perder el liberalismo el poder. Ahora el poder lo perdería el bipartidismo todo. Por primera y única vez en la historia política del país los colombianos votarían para Presidente, senadores, representantes, diputados y concejales en un solo día.

Las elecciones de 1970 preludivan el regreso por la vía electoral de un *tirano*. Todo presagiaba un triste final para el Frente Nacional. Siempre frágil, primero con los laureanistas como socios principales y después con el ospinismo, el liberalismo aparecía como el gran triunfador.

La intensidad de la campaña electoral de 1970 obedeció también al país de entonces, a su configuración política, al crecimiento de la población, a las influencias de las ideologías en boga que presionaron hacia la izquierda el pensamiento social de algunos dirigentes conservadores y a la misma experiencia política que habían acumulado los colombianos.

El domingo 19 de abril se llevaron a cabo las elecciones. Todavía se recuerda esa fecha como *el robo de las elecciones al general Rojas*. El amplio respaldo recibido por la Anapo no fue coincidental. Estaba a tono con el auge de las luchas populares en América Latina. Avance que produjo también una revisión historiográfica de los fenómenos políticos de masas acusados no hace mucho de fascistoides o dictatoriales. Colombia volvía al libre juego de los partidos en 1974. Culminaba, por lo menos, la alternación en la Presidencia. Los anapistas conscientes de la nueva era política que se iniciaba decidieron adaptar su alianza a un partido independiente que pasaría a denominarse *el tercer partido*. En un espectáculo de masas sin precedentes en Colombia viejos y nuevos anapistas se reunieron el 13 de junio de 1971 en la histórica plaza de Villa de Leyva. Allí, junto con el general Rojas estaban Guillermo Hernández Rodríguez, que venía de todas las disidencias radicales del liberalismo, desde el gaitanismo hasta el emerrelismo; Antonio García, que continuaba insistiendo en la creación de un partido socialista desde los años cuarenta, e incluso el secretario general del Partido comunista estaba entre los invitados de honor.

Mientras se constituía el nuevo partido, el último gobierno del Frente Nacional conseguía dismantelar y desmovilizar las masas que habianse arremolinado en la Anapo. No sólo a través de la represión sino también con el bloqueo de las iniciativas de los legisladores anapistas particularmente en Asambleas y Concejos.

No obstante el país conservaba energía para esperanzarse en el regreso al juego libre de las elecciones. La candidatura liberal de Alfonso López Michelsen enfrentada a la de Álvaro Gómez Hurtado sintetizaron y simbolizaron en 1974 la historia política de Colombia puesta a prueba. El candidato liberal ataviado de una aura progresista y rodeado de frases llenas de efectismo

electoral como *El presidente de la esperanza* consiguió la mayor votación en la historia electoral colombiana en lo corrido del siglo. Sin embargo, el primer presidente posterior al Frente Nacional, no colmó las expectativas ni los anhelos de los colombianos. Su gobierno continuó en el estilo de los del Frente Nacional y al contrario de lo esperado se trató de un régimen represivo. El 14 de septiembre de 1977 un paro nacional que simbolizó un grito de revancha popular por la votación de 1974 estuvo a punto de tumbar al presidente López.

Hacia mediados de la década el ambiente político estaba caldeado. La oposición se radicalizaba y multiplicaba. Un nuevo grupo guerrillero, el Movimiento 19 de abril (M-19), salido como consecuencia directa del robo de las elecciones en 1970, desestabilizaba al gobierno en las ciudades. Nuevos grupos políticos de izquierda cada vez más virulentos aparecían en la palestra nacional. El estamento oficial prestaba, sin embargo, oídos sordos al clamor por la apertura democrática que reclamaba la oposición.

La circulación de las ideas y la organización de la cultura

Así, en medio de un ambiente polifacético, de una sociedad sensualmente moderna, compleja e interesante, se abría espacio la década. Tratábase de una época tremendamente ideologizada y quizá por esto mismo había un sentimiento general de optimismo y el futuro se advertía prometedor en el horizonte. El avance del país en todos los sentidos era, por supuesto, perceptible. Aires de secularización parecían rondar la sociedad colombiana. Es útil advertir que la modernización que algunos le reconocen al decenio de 1960 en Colombia corresponde más al de 1970. Es la gente del 70 la que cosecha los frutos de la cultura sembrada años antes. La politización que se advierte ahora viene abonada por la circulación y extensión de la cultura en el reciente pasado. Por paradójico que parezca, el sistema cerrado del Frente Nacional había provocado una movilización de ideas y de movimientos políticos, sociales y culturales que encontraron despejado el camino al acercarse, en 1974, el fin de pacto bipartidista.

Revistas y periódicos reflejos de las distintas sensibilidades colombianas circulaban por todo el país. La intelectualidad colombiana había pasado hacía poco por publicaciones como *Mito* y *La Nueva Prensa* y en septiembre de 1974 la revista *Eco* andaba por su número 167³.

³ Esta importante revista cultural que ponía a la intelectualidad colombiana al día con las temáticas mundiales y que contaba con la colaboración de eminentes escritores del primer mundo era publicada por Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fernando Charry Lara, Hasso Freiherr von Maltahan, Carlos Patiño Roselli, Hernando Valencia Goelkel, Nicolás Suescún, Ernesto Volkening, Aurelio Arturo, Pedro Gómez Valderrama, Jorge Eliécer Ruiz y Ramón Pérez mantilla. Estaba bajo la redacción de J.G. Cobo Borda.

Cada uno de los movimientos políticos que irrumpía a la actividad proselitista ponía en circulación periódicos, folletos y libros. Así había ocurrido con el Movimiento Democrático Nacional de Alberto Ruiz Novoa y con el Frente Unido de Camilo Torres. Todos sin excepción constituían sociabilidades políticas con medios propios de comunicación. No se quedaban atrás los partidos tradicionales. La juventud liberal liderada por Fabio Lozano Simonelli y bajo la inspiración de Hernando Agudelo Villa tenían en los inicios de la década la Revista *Encuentro* que venía de la época de la reunificación liberal de 1967 y desde allí intentaban conservar para el liberalismo su vena democrática y hasta, para ellos, revolucionaria. Los conservadores tenían en el Centro de Estudios Colombianos un espacio ideológico que producía la renovación que a gritos pedía su juventud.

Fue la de 1970 una década fértil en todo tipo de publicaciones. El menú de la oferta para la discusión y el análisis era considerable. Centros, clubes, agrupaciones, sociedades, editoriales y librerías proliferaban de año en año⁴. Todos los grupos de izquierda tenían sus órganos de expresión. El Movimiento Obrero Independiente Revolucionario MOIR publicaba su semanario *Tribuna Roja*. La juventud Patriótica JUPA que reunía a los jóvenes de esta agrupación se expresaba a través de los periódicos *Nueva Democracia* y *Chispa*; *Deslinde* fue su revista ideológica. Los trotskismos se pronunciaban en los periódicos *Revolución Socialista*, *El Socialista* y *El Manifiesto*; y la radicalización de los sectores socialistas anapistas salieron a la luz pública con el periódico *Mayorías*.

Los comunistas prosoviéticos constituían una completa y bien aceitada maquinaria de publicaciones: *Documentos políticos*, su publicación ideológi-

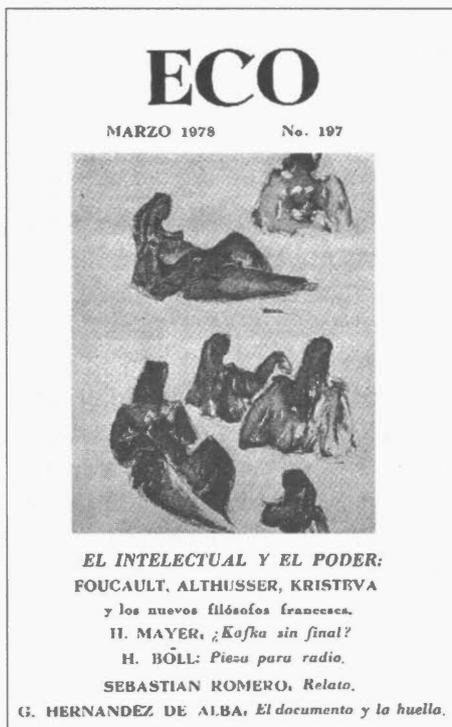


Foto 2: ECO

⁴ Citamos algunas de las editoriales célebres de la época: Pluma, La Carreta, La Rueda Suelta, El Zancudo, Ediciones Era, La Oveja Negra, Margen izquierdo, Ediciones Los Comuneros, La Pulga, entre tantas.

ca más importante andaba por su número 104 en marzo de 1973. *Estudios Marxistas*, la revista de análisis de los problemas sociales colombianos gozaba de gran reconocimiento en la academia colombiana. *Problemas de la paz y el socialismo*, que imprimía la Editorial Colombia Nueva brindaba a los comunistas colombianos información teórica y política internacional. Continuaba saliendo todos los jueves el semanario *Voz Proletaria*, amén de las publicaciones sobre propaganda del bloque socialista que gracias a su labor se distribuían por el territorio nacional. Junto a la literatura soviética de todo género circulaba por el país la de la China. Era común encontrar entre tanto material de difusión ideológica la revista *Pekín Informa*, *China Reconstruye*, *China ilustrada*.

La editorial Tercer Mundo, por otro lado, continuaba publicando las series *El Dedo en la Herida*, que daba cabida al examen y a la opinión de intelectuales de distintas procedencias políticas y culturales. La *Editorial Revista Colombiana* continuaba también en la misma tónica de la anterior con su serie *Populibro*. Sensible a los tiempos que corrían esta revista dedicó el número 33 de 1970 al tema del populismo. De ese fenómeno que era, además, el que vivía el país, opinaron Álvaro Gómez Hurtado, López Michelsen y Belisario Betancur.

Una revista sobre temas económicos al alcance de todos los niveles de abstracción teóricos continuó circulando con la nueva década: *Apuntes Económicos*. La revista en formato de bolsillo estaba dirigida por Darío López Ochoa y Daniel Cuellar Cruz. La Democracia Cristiana radicalizada ponía especial empeño en constituirse en un partido político independiente. Sus dirigentes habían convertido también esa organización en una maquinaria de publicaciones. Sus ideólogos eran verdaderos *intelectuales orgánicos* que opinaron sobre el presente y el futuro del país. Se establecieron como contertulios de lujo de las corrientes políticas que les eran contemporáneas. Gracias a su esfuerzo el país conoció los paradigmas de la democracia cristiana latinoamericana.

La Alianza Nacional Popular ANAPO no se quedaba atrás. Era, por excelencia, un movimiento de periódicos, folletos y de radio. Se había constituido en el aglutinador político y cultural más importante al inicio de la década. Los intelectuales nuevos que arribaban a ese movimiento por lo regular se trasteaban con sus editoriales y periódicos, como había sido el caso de Alberto Zalamea y su *Nueva Prensa*. Conscientes del peso de la *gran prensa* en el país, el anapismo diseñó la estrategia de editar periódicos regionales que circulaban simultáneamente con el órgano nacional *Alerta*. En Santander se publicaron por entonces *El Trópico*, *El Taladro*, (foto 11) *El 74*, en el Valle *La Chispa*, *El Anapista*, *Correo de la Anapo*, para la comarca de Sogamoso se publicó *El Sol*, para no citar sino algunos nombres.

Además de la diversificación por canales escritos, los colombianos tenían la posibilidad de aspirar a la diferencia por vía oral. Distintas y variadas emisoras podían sintonizarse. Aunque la tendencia hacia la monopolización estaba presente el ambiente cultural daba la impresión de que no todo estaba concentrado. La gente vestía ropa de vivos colores, los jóvenes eran informales, llevaban el pelo largo y las correas de grandes hebillas de sus pantalones *bota campana* eran en extremo anchas. Las jóvenes, a su vez, exponían plenamente sus piernas gracias al uso de la minifalda, y la Iglesia, la institución conservadora por excelencia en Colombia, estaba escindida. Desde finales del decenio anterior un grupo de sacerdotes se organizaron en el Movimiento Golconda que había decidido lanzarse a la política aliado de la Anapo.

La Nueva Historia

Las universidades públicas y privadas desplegaban una serie de publicaciones que reflejaban el ambiente académico y político que allí se vivía. Las carreras universitarias de la Universidad Nacional difundían y los resultados de sus investigaciones y del desarrollo de las disciplinas en publicaciones especializadas.

Descollaron dos revistas muy importantes para la década: *Ideología y Sociedad* (1971-1978) y *Cuadernos Colombianos* (1974-1979). Eran los órganos de expresión académica y científica de profesores universitarios preocupados por los problemas económicos, políticos y sociales del país⁵. La primera de tendencia trostkista sirvió de plataforma de lanzamiento a intelectuales como Salomón Kalmanovitz, Ricardo Sánchez, Emilio Pradilla Cobos, Víctor Manuel Moncayo. Por sus páginas pasaron Ibón Levot y André Gunder Frank, Francisco Weffort, Michael

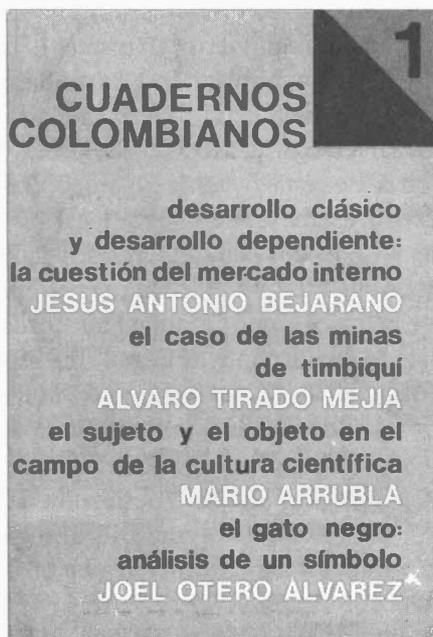


Foto 3: Cuadernos Colombianos

⁵ El Comité de Redacción de la revista estaba integrado por Jaime Galarza, Víctor Manuel Moncayo, Laura Restrepo y Ricardo Sánchez. Existía, además, una red de colaboradores del continente: Manuel Aguilar de México; Miguel Antonio Bernal, de Panamá; Alejandro Gálvez Cancino de México; Michael Lowy de Francia; Nahuel Moreno, de Argentina y Pierre Salama de Francia.

Lowy. Allí publicaron trabajos históricos Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo y Daniel Pecaut. La segunda, dirigida por Mario Arrubla y Jesús Antonio Bejarano tenía un carácter político, ideológico y cultural más amplio que la primera. En *Cuadernos Colombianos* escribieron Germán Colmenares, Margarita González, Alvaro Tirado Mejía, Luis Bernardo Flórez, Darío Bustamante, Gonzalo Sánchez y Humberto Vélez, entre otros. En ambas revistas los temas literarios tuvieron su representación gracias a los artículos de Laura Restrepo.

Las nuevas temáticas que se publicaban en los mencionados medios dieron razón para que se empezara a hablar de una nueva tendencia de la historiografía colombiana, *la nueva historia*. Se pasaba de los revisionismos liberal y conservador a una manera más profesional y científica de abordar los problemas de la investigación histórica en el país. El método de investigación marxista había seducido a los investigadores sociales de Colombia casi por completo. La lucha de clases, la estructura social, los problemas sociales y los económicos estuvieron en primer lugar.

Es común ubicar en esta tendencia a los historiadores Jaime Jaramillo Uribe, Miguel Urrutia, Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Bernardo Tovar, Álvaro Tirado Mejía, Hermes Tovar, Fernando Díaz Díaz, Margarita González, Jesús Antonio Bejarano, entre otros. Dentro del contexto de *la nueva historia* estaba los trabajos de los investigadores comprometidos políticamente con los partidos de filiación marxista, Salomón Kalmanovitz del trotskismo o Medófilo Medina del comunismo, por ejemplo, lo mismo que la obra de intelectuales como Orlando Fals Borda. Más que un punto de partida, la nueva historia fue un punto de llegada. La séptima edición en 1974 de *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano* de Mario Arrubla así lo confirma.

No fue el advenimiento de la *Nueva Historia* un comienzo sino una síntesis de múltiples esfuerzos que se venían haciendo desde décadas anteriores por jalonar el desarrollo de la ciencia histórica en Colombia.

En 1976 un voluminoso libro publicado por Colcultura recopiló los principales trabajos de investigación de la nueva generación de historiadores⁶. Traía por título *La Nueva Historia de Colombia* y venía con una introducción del poeta Darío Jaramillo Agudelo. Quedó así consagrada esa especie de nueva tendencia más que *escuela a la francesa*. Más adelante, en 1978, la misma Colcultura empezó a publicar *El manual de historia de Colombia*⁷. El profesor Jaime Jaramillo dirigió la parte científica y escribió la introducción.

⁶ Hubo espacio sólo para Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Jaime Jaramillo Uribe, Margarita González, Hermes Tovar, Salomón Kalmanovitz, Álvaro Tirado Mejía, Miguel Urrutia y Jesús Antonio Bejarano.

⁷ El segundo tomo que versa sobre el siglo XIX salió en 1979 y el tercer volumen sobre el siglo XX se publicó en 1980.

El manual amplió la nómina de investigadores: Gerardo Reichel Dolmatoff, Juan Friede, Jorge Palacios Preciado, Javier Ocampo López, Darío Mesa. Entraron nuevas temáticas: arquitectura, artes plásticas y literatura y con dichas ramas nuevos científicos sociales: Alberto Corradine Angulo, Germán Téllez, Francisco Gil Tovar, Eugenio Barney-Cabrera, Germán Rubiano, María teresa Cristina, Eduardo Camacho Guizado, Rafael Gutiérrez Girardot.

En septiembre de 1974 circulaba el segundo tomo de la obra de Gerardo Molina *Las Ideas Liberales en Colombia* que intervenía como llamado de atención y como *recorderis* al nuevo gobierno del papel positivo del liberalismo en la construcción de la nación. El libro llegaba en un momento preciso: “El héroe de la segunda parte de mi libro es Benjamín Herrera. No era un letrado ni un ideólogo, pero en cambio, tenía el don de poner ideas en movimiento fundando universidades y periódicos, organizando conferencias, en fin, llevando al pueblo la semilla de un liberalismo avanzado, cuyas ideas debían ser sacadas de las canteras del socialismo, como dijo Uribe Uribe”⁸.

Alternativa, la revista de la década

“Amplios sectores de la opinión pública colombiana están sintiendo ahora más que nunca, la carencia de una publicación nacional, periódica, independiente y crítica. La progresiva concentración de los medios masivos de información en manos de quienes detentan el poder político y económico, ha permitido que esta minoría oculte, deforme y acomode a su antojo los grandes hechos nacionales...”⁹

En febrero de 1974 salió a la luz pública *Alternativa*, revista política que se constituyó a su vez en un acontecimiento cultural. Obedecía al momento histórico-político que vivía el país: la culminación del pacto de gobiernos compartidos y a la proliferación de movimientos políticos de la izquierda. Su nombre y su eslogan así lo indicaban: *Alternativa. Atreverse a pensar es empezar a luchar*. La campaña electoral entraba en su última etapa y la nueva revista aceptaba el reto de medírsele al debate sin la pretensión de constituirse en un grupo político en concreto pero representando sí el pensamiento de izquierda:

“No es fácil en Colombia abrir una ventana por donde entre el viento fresco de un pensamiento de izquierda, Este esfuerzo es *Alternativa*, que nace con y desde una posición. *Alternativa* busca contrarrestar la desinformación siste-

⁸ Véase *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, septiembre 15 de 1974 p.5

⁹ Del primer número de *Alternativa*, febrero 15 de 1974 p. 1

mática de los medios de comunicación del sistema y se ha comprometido a servirle en una forma práctica, política y pedagógica, a todos los sectores de la izquierda colombiana”¹⁰.

Un poco más adelante, finalizada la experiencia del Frente Nacional la revista prometía empezar un proceso de análisis de sus resultados en los campos universitario, agrario, sindical, económico y señalaba cuál sería su comportamiento durante el primer gobierno pos Frente Nacional:

“Sería un error permitir que López fiel heredero del espíritu de los últimos 16 años- se apropiara de la simpatía popular para luego dejar todo el mundo colgado de la brocha como ya lo ha hecho en más de una ocasión con singular elegancia inglesa...es decir, con sobrado cinismo”¹¹.

Por sus colaboradores y editores se puede afirmar que se trataba más que de una radicalización de la intelectualidad de la clase media colombiana, de una prueba de su sensibilidad hacia los problemas sociales más sentidos por la población¹². *Alternativa* se propuso desde un principio la defensa de los derechos humanos, mostrar el rostro de la Colombia de los pobres y de los trabajadores; de los presos políticos y de los oprimidos en general. Con tal actitud, el marxismo, al menos como herramienta de análisis, mostraba haber calado también en la mentalidad de amplios sectores

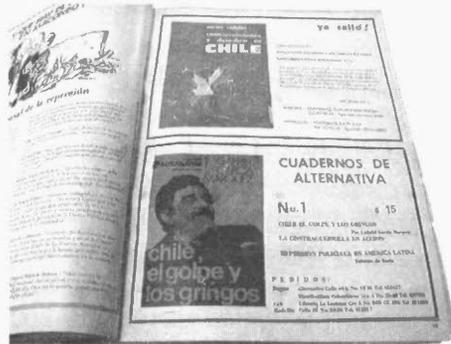


Foto 4: alternativa 1 y 2

¹⁰ Véase *Alternativa* No. 1, febrero 15-28 de 1974 p. 1

¹¹ Véase *Alternativa*, No. 8, mayo 27-junio 9 de 1974 p.1

¹² El Comité Editorial de la revista lo conformaban Gabriel García Márquez, Orlando Fals Borda, Jorge Villegas. Ejercía como director Bernardo García, como Gerente José Vicente Katarain. Carlos Vidales hacía de jefe de redacción y le acompañaban en esta labor Eligio García Márquez, Sebastián Arias, Cristina de la Torre. La diagramación corría por cuenta de Álvaro Medina y las artes estaban a cargo de Diego Arango.

de los intelectuales colombianos. No se trataba de otra revista de denuncia. Al tiempo que informaba lo que la gran prensa callaba, el análisis profundo llegaba a la población. Además la revista publicaba separatas, cuadernos de análisis político novedosos¹³, y los ejemplares venían con un afiche sobre temáticas que contribuían a la concientización política. *La Historia Prohibida*, una de las secciones de la revista ponía sobre negro y blanco temáticas de la historia colombiana no difundidos o ignorados o poco conocidos.

La revista tuvo gran acogida. Los primeros números con ediciones de más de diez mil ejemplares se agotaron de inmediato. La izquierda, muy probablemente vio en la revista un punto de encuentro necesario para amainar la dispersión de las agrupaciones. Su éxito se debió, también, al estilo ágil de periodismo, el uso de la fotografía y del cartel, a temas ocultos o ignorados en otros medios, a la sentida necesidad de informarse con medios distintos de los de la gran prensa. Es decir se trataba de una alternativa.

Cuando la revista llegaba al número 18, en octubre de 1974, una grave crisis interna estalló. De lo sucedido se dieron cuenta los lectores en los números siguientes. En el país circulaban dos *Alternativas* simultáneamente. Una disidencia de la revista liderada por Orlando Fals Borda y por Carlos Vidales publicó su versión cambiando el eslogan. Los lectores podían escoger la vieja: *atreverse a pensar es empezar a luchar*, o la nueva: *atreverse a luchar es empezar a pensar*¹⁴.

La división radicalizó ambas versiones. Los editores de la primera resaltaron:

“La orientación política e informativa de Alternativa se halla íntimamente ligada a la necesidad de divulgar las luchas de obreros, campesinos y otros sectores que no tienen cabida en la gran prensa de suministrar materiales educativos y de análisis críticos de la realidad nacional a las organizaciones populares y profesionales comprometidas con el cambio y de adelantar una persistente labor de contrainformación, ubicada dentro de la lucha ideológica general contra los medios de información del sistema... Otro postulado que inspiró la creación de Alternativa -propiciar críticamente la unidad de la izquierda- ha demostrado ser, por razones obvias, una tarea más lenta y compleja. Reiteramos, sin embargo, la apertura de la revista hacia los partidos y organizaciones

¹³ En abril de 1974 comenzaron a salir los *Cuadernos de Alternativa*. El No. 1 estuvo dedicado a un escrito de Gabriel García Márquez: *Chile y el golpe de los gringos*. Comprendían los cuadernos, además, la publicación de documentos, artículos ampliados de la revista y materiales de estudio.

¹⁴ “Hemos considerado oportuno cambiar la consigna de nuestra carátula. Atreverse a luchar es empezar a pensar, nos parece, por múltiples motivos, una expresión más ajustada a las exigencias del presente”. Del No. 19 de Alternativa, octubre 24 a noviembre 6 de 1974 p. 1

de izquierda y la intención -que ahora se concretará en forma más definitiva-, de contribuir a la consolidación crítica de las fuerzas de avanzada. Es decir, cimentada en el análisis de la realidad nacional, en la discusión abierta y franca de los problemas que orienta la Revolución Colombiana y en la confrontación permanente de las luchas del pueblo...Queremos reafirmar en esta ocasión el convencimiento de que Alternativa no puede pretender sustituir a los movimientos políticos revolucionarios, ni a sus órganos propios de expresión, ni mucho menos convertirse ella misma en grupo político, lo cual constituiría una torpe falla de visión en la situación actual de la izquierda colombiana... La consolidación en la práctica de los objetivos aquí trazados determinará el papel real que ha de jugar la revista en el proceso revolucionario colombiano”¹⁵

La novísima revista que pasó a denominarse *Alternativa del pueblo* expresó que se trataba de

“un nuevo nombre y la formalización de un compromiso. Es la manifestación expresa y renovada de nuestra decisión de trabajar al servicio de los obreros, los campesinos, y los demás actores populares que luchan por la emancipación de Colombia y por la instauración del socialismo...El nuevo nombre de la revista es el producto de una definición política e ideológica en el seno de su equipo de trabajo. Tal definición deberá profundizarse y precisarse más aún, en el permanente contacto con las organizaciones populares, y en la práctica diaria. De paso, el nuevo nombre permitirá superar la confusión producida en un importante número de lectores, por el hecho de que quincenalmente aparecen dos publicaciones similares aunque con distintas concepciones acerca de los deberes que el periodista del pueblo tiene que cumplir”¹⁶.

La Universidad Nacional

En el conflicto universidad pública y los gobiernos del Frente Nacional se expresaba también la naturaleza de la década. El movimiento estudiantil venía a tropel con toda la fuerza del siglo. No habían sido buenas sus relaciones con el Frente Nacional que mal había pagado su contribución a la caída del régimen de Rojas Pinilla. Nunca se llevó a la práctica la cláusula del plebiscito de 1957 que comprometía al Estado a invertir el 10% del presupuesto en la educación. La lucha por la autonomía universitaria o por el cogobierno de las universidades públicas mostraba, además, las dificultades por las que había pasado la construcción de un campo universitario en Colombia. La clase dirigente no

¹⁵ Véase *Alternativa*, No. 18, octubre 14 a 27 de 1974 p.1

¹⁶ Véase *Alternativa del pueblo*, No. 21, noviembre 25 a diciembre 8 de 1974 p. 1

estaba dispuesta a que la Universidad estuviera por fuera de la naturaleza política colombiana. Así la década empezaba con un enfrentamiento entre el último gobierno del Frente Nacional y la universidad pública reflejado en paros nacionales de envergadura. Lo que disgustaba profundamente a Alberto Lleras Camargo que en uso de su cómoda posición de expresidente estilaba sin reparos su vena reaccionaria que le había distinguido desde los años cuarenta, llamaba al cierre de la universidad acotando de paso: “El profesorado y el estudiantado revolucionarios, para llamarlos de alguna manera, tienen un privilegio que les fue negado siempre a las revoluciones: hacerlas con sueldo del gobierno y con facilidades oficiales”¹⁷. Quien había utilizado la rebeldía estudiantil para pararse en el poder por segunda vez les criticaba ahora su autonomía política. El propio ministro de Educación proveniente de la universidad privada le replicó al iracundo y cínico oráculo de la oligarquía colombiana:

“...Cómo fue posible ese avance marxista? Y si los camaradas tomaron la delantera, hubo alguna alternativa democrática que intentara siquiera disputarle el terreno a la extrema izquierda? No la hubo. Los camaradas, a quienes todo el mundo ridiculiza por su precario poder electoral, han perdido los comicios parlamentarios pero han tenido más inteligencia para ver de lejos y se han dedicado a apoderarse de las aulas, profesores y estudiantes, y ya no solo en la universidad sino en el bachillerato e inclusive en el magisterio de primaria. Esto lo comprende la jerarquía eclesiástica y la educación parece condenada a ser el escenario de un enfrentamiento entre marxistas y conservadores, sin ninguna opción liberal. Al menos mientras prosiga el silencio de los grandes conductores del partido liberal sobre este problema fundamental”¹⁸.

El regreso del liberalismo al poder en 1974 resolvió buena parte del conflicto Universidad Nacional-Estado con el nombramiento del nuevo rector que recayó en una fuerte pero democrática autoridad intelectual, el penalista marxista Luis Carlos Pérez. “Sí acepto la rectoría de la Universidad para luchar por su autodeterminación. Es indispensable que se restablezca la libertad y que a nadie se persiga por sus opiniones y reclamos. Lo primero que haría sería descerrar los cerrojos y levantar mordazas; la universidad no puede ser sojuzgada por una política foránea, ni por el dinero, ni por los textos de enseñanza” fueron sus primeras declaraciones¹⁹.

Los señores de *El Tiempo* se incomodaron por el nombramiento. Uno de sus columnistas destacado y autorizado anotó: “...Entregar la Universidad

¹⁷ Véase *El Tiempo*, mayo 26 de 1972 p. 4

¹⁸ Véase *El Tiempo*, mayo 29 de 1972 p. 8B

¹⁹ Véase *El Tiempo*, septiembre 14 de 1964 p. 1

Nacional a marxista tan distinguido e inteligente como el doctor Luis Carlos Pérez, a mí en cuanto liberal me parece más que un error, una ingenuidad peligrosa. Tan grande como sería, a título de liberalismo generoso que respeta aún a sus más encarnizados enemigos, entregársela a un Torquemada criollo que también puede hallarse agazapado en alguna oficina de nuestra organización democrática. Es regresar, o avanzar dirán nuestros marxistas de escritorio, a la universidad confesional, a la cátedra encadenada, a la crítica proscrita, al tapaojos doctrinario, a la universidad Lumumba de Moscú, tan antidemocrática, antiliberal y reaccionaria como la de los padres dominicos en tiempos de la inquisición y el imperio...²⁰.

Sin embargo, el profesor Gerardo Molina estaba optimista: “La Universidad Nacional actual es la creación de Alfonso López, de modo que es una hermana del actual presidente. La Universidad es una entidad crítica, sus ideas son un permanente molino del Estado y de la sociedad actual. El doctor López no puede esperar bajo su gobierno se convierta en una hermana sumisa. Eso jamás. La universidad ya tiene su rumbo propio, que no es otro que el de los viejos radicales que la fundaron²¹.”

Finalmente, para terminar este aparte de la circulación de las ideas en la década de 1970, es útil afirmar que los distintos y variopintos órganos políticos que pululaban y circulaban ampliamente en la Colombia de aquellos años estimulaban la discusión, la polémica y la tertulia. Gracias a ellos, el establecimiento no tenía ni el dominio ni el monopolio de la información política, ideológica y cultural. Los órganos de las izquierdas y de los demás grupos democráticos permitían que por sus páginas no sólo pasaran otros universos mentales de entonces sino también el análisis de los principales acontecimientos mundiales: el proceso de descolonización de las colonias portuguesas en África, la caída de la Unidad Popular Chilena, la derrota de los Estados Unidos en la guerra del Vietnam, la radicalización de los procesos revolucionarios de Perú y Panamá, etc. Además, a través de la prensa alternativa se expresaron individualidades que hubieran pasado desapercibidas de no haber existido tal posibilidad. Tanto los medios de difusión como la misma práctica política de quienes se comprometieron con los movimientos de los cuales eran voceros les garantizó una sofisticada preparación política. Millares de contemporáneos que pasaron por esta experiencia ennoblecieron sus vidas y elevaron su autoestima personal. Gracias a sus iniciativas la sociedad se presentaba ante sus ojos, no obstante la represión, más dinámica, más democrática, más interesante y menos monopolizada la opinión pública que hoy día.

²⁰ Véase Columna de Swann. Universidad Confesional. *El Tiempo*, septiembre 21 de 1970 p. 4A

²¹ Véase *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, septiembre 15 de 1974 p.5

Empero, la radicalidad de la lucha política colocaba un velo a un problema que no se advertía en la superficie, el del narcotráfico, que pasará a dominar el ambiente político, económico y social de la Colombia que llegaba a los mediados de la década.

PosFrente Nacional y el comienzo del narcotráfico

Después del Frente Nacional, los denominados *Jefes Naturales* de ambos partidos tradicionales presenciaron impávidos el comportamiento de sus pares en la provincia como agenciadores de clientelas y nada hicieron por corregir esta perversión de la política. Algo empezó a trabajar en ese sentido, como expresidente, Carlos Lleras Restrepo, pero era demasiado tarde. La clase política robusteció un tipo de bipartidismo donde el clientelismo se había transformado ya en su agregado principal.

El choque entre las expectativas y las desilusiones abonó el terreno para que el país se saliera de madre. El narcotráfico no escapó a las tradiciones de la política colombiana que su clase política estimuló y consolidó. Al tratarse en su esencia de un sistema político que terminó favoreciendo el modelo liberal de desarrollo en desmedro de formas políticas alternativas que estimularan la construcción de un Estado con visión de futuro y que integrara a los colombianos a la sociedad, las condiciones existentes en el país después del Frente Nacional favorecieron el desenlace de los componentes de la crisis en el cruce de los siglos XX y XXI.

El narcotráfico hizo su entrada en la historia de Colombia, justamente en el tránsito de los años sesenta a los setenta. A partir de entonces datan los primeros cultivos de la marihuana para ser comercializada en el mercado internacional, particularmente en el norteamericano. En 1974 se cuenta ya con un auge considerable de su oferta y de su demanda. Se trata del primer periodo de lo que podríamos llamar la penetración de la economía de las drogas en la política colombiana. A su producción para la exportación se dedicaron densas extensiones de tierra en los departamentos del Magdalena y de la Guajira. Cuentan los primeros cronistas de esta historia que fueron *los hippies* quienes advirtieron de la fertilidad de estas tierras para su cultivo y que fueron ellos mismos que después convertidos en empresarios impulsaron y estimularon a los agricultores para que sembraran la marihuana en vez de los cultivos tradicionales. Las condiciones físicas de la región eran propicias: altitud de 0 a 1400 metros, temperatura superior a los 20 grados centígrados, humedad relativamente baja, alta luminosidad. Sobre todo ayudaban las ventajas geográficas que facilitarían el tráfico clandestino hacia el exterior. También eran propicias las condiciones humanas. La economía que practicaban los pequeños agricultores en Colombia nunca había gozado de un estímulo

sostenido por parte de los gobiernos. No habían existido seguros de cosechas y la política crediticia iba en contravía de las posibilidades del pequeño productor. Sometido a una serie de intermediaciones, el campesino colombiano aparecía como el peor librado en la historia del país. Así las cosas, vio con buenos ojos el pago por adelantado que hacían de sus cosechas de marihuana los comercializadores nacionales y extranjeros. Expertos extranjeros se encargaron, incluso, de adiestrar al campesino en el nuevo cultivo a través de manuales que explicaban el tratamiento de la semilla, la hechura de los semilleros, la práctica de los mejoramientos del suelo, etc. Por otro lado, el cultivo se podía desarrollar en lugares de difícil penetración lo que permitía la formación de colonos que no podían competir en lugares donde la tenencia de la tierra era bastante concentrada. Se comenzó a sembrar la marihuana en lugares impenetrables, recién desmontados, lo que a su vez adecuaba esas tierras para posteriores cultivos propios para la región.

El nuevo cultivo ofrecía ventajas democratizadoras, por llamarlas de alguna forma. Creaba nuevos colonos y arrendatarios de tierras, estimulaba al campesino tradicional dándole ocupación a su familia y a una red de gentes llegadas de todas partes a desempeñarse como asalariados. Más tarde entraban los grandes productores y los comercializadores con su séquito de intermediarios: el que compraba la cosecha al productor, el dueño de la pista o embarcadero que le compraba al último, éste que la vende al exportador aéreo o marítimo, el mafioso propiamente dicho que realiza el envío final y establece las relaciones con los importadores extranjeros. En medio de todo esto surgía la sociabilización consistente en asociaciones que se creaban para facilitar la producción y comercialización. Se ocupaba además una serie de personal en las cuestiones de la seguridad. Los resultados fueron óptimos. La zona cultivada en el Macizo de la Sierra Nevada de Santa Martha produjo una variedad conocida con el nombre de la *Santa Martha Golden*, llamada popularmente *la mona*, la más cotizada en los mercados internacionales. En un trabajo de investigación sobre el particular, sus autores calcularon en 23.920 empleos permanentes al año generados por la producción de Marihuana en 35.000 hectáreas sembradas en la Sierra Nevada de Santa Martha. Deduciendo los gastos y pérdidas el área cultivada daba un ingreso bruto de 54.600 millones de pesos por cosecha²².

Cuando la década de 1970 dio paso a la siguiente, el cáncer del narcotráfico ya invadía aceleradamente todo el organismo colombiano.

²² Pertuz Ávila Marta Inés, Orozco Daza Lourdes, Bejarano Ramírez Mario. La Marihuana y su Incidencia en la Economía de la Costa Atlántica. Tesis de grado presentada como requisito final para optar al título de economistas. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Economía, octubre de 1980. p.25.